

AÑO XX.—NÚM. 5610.

19 DE FEBRERO DE 1880.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Jueves 19 de Febrero de 1880.

EL CRISTO MORENO.

—o—

Así se le llama, más que por vicio vulgar, por una costumbre inveterada al Santísimo Cristo del Socorro, que se venera en su capilla propia, sita en la Santa Iglesia Catedral de este obispado; por que no de otro modo se vino nombrando desde remoto tiempo la venerada imagen, objeto siempre de suntuosos cultos y de la más tierna devoción de este pueblo. La advocación del Socorro con que hoy le veneramos, no empezó hasta los últimos años del siglo XVII, y se debe á la piedad y tierna gratitud del Excmo. Sr. D. Pedro Manuel Colon almirante de la mar, y capitán general de las Galeras de España, que así dió en llamar á la imagen de aquel Divino Crucificado, por haberle socorrido salvándole la vida de su tierno hijo D. Manuel.

La curiosidad sabe todo lo ocurrido en este acontecimiento; sabe también hasta donde supo llevar las demostraciones de su gratitud el noble Duque, que erigió á la sagrada imagen una suntuosa capilla, en cuya posesion hoy nos envanecemos; que formó una asociación ilustre de hijo-dalgos, que por su número se le llamó vulgarmente de los treinta y tres, para perpetuar el culto de su devoción; y que dotó ricamente su obra, que aun pregonando está su magnificencia y celosa piedad; todo esto es lo que sabemos; pero lo que todos ignoramos es el origen de la imagen, es decir: el por qué de su estancia en Cartagena, esto es lo que todos preguntan, y es precisamente lo que no podemos satisfacer de una manera auténtica. Solo la tradición nos cuenta que fué aparecido, lo cual está confirmado por el mismo Duque de Veragua, después de las activas gestiones que practicara para averiguar su procedencia; pero falta saber, de que modo, ó bajo que disposición, pues mientras hay quienes dicen que vino flotando sobre las aguas, otros creen que fué hallado en la cámara de una nave abandonada. De un modo ó de otro, preciso es ver en ello circunstancias de prodigio, solo bajo las cuales puede admitirse aquella universal y tierna devoción que inflamó el corazón de nuestros mayores en el afecto á tan venerada imagen. Hay, por otra parte, en ella una particularidad muy digna de notarse, y es el color moreno, que está representado por lo general en casi todas las imágenes que se cuenta haber sido aparecidas, como, entre otras, las de Nuestra Señora del Pilar y la de Monserrat; y aun aquí tenemos la corroboración de ella en la Virgen del Rosell.

Sensible es que la antigüedad no nos haya dejado memoria escrita del suceso, el cual, según todas las probabilidades debe remontarse, cuando menos, al siglo XV. Acaso el antiguo archivo de la Villa guarde en sus libros capitulares el secreto de su economía; y bueno fuera, ya que ha llegado la ocasión de decirlo, que nuestro Municipio gestionara lo conducente á su devoción, con lo cual ganaríamos, no poco, en el interés de nuestro pasado. ¡Cuánto de curioso y digno de trasmitirse habrá entre esos papeles, acaso destruidos ya por el polvo y la polilla y cuanto ganarian entregados á manos cuidadosas que se encargasen de su conservación!

Nada podemos decir de la época, ni de los motivos de su traslación á la villa de Utés; pero si de que ya no existe en aquel punto.

El antiguo archivo de Cartagena hace años fué trasladado á Madrid, según noticias adquiridas en el general de Simancas, de consiguiente allí debe buscarse. Voluntad y afán patriótico: esto es lo que se necesita para encontrarlo.

MANUEL GONZALEZ.

EL SUICIDIO.

Hace ya tiempo los periódicos refieren gran número de suicidios diariamente efectuados en las más extrañas y más diferentes circunstancias. El suicidio adquiere en nuestra época condiciones verdaderamente epidémicas. No sin razón los autores más experimentados de obras de medicina, admiten el contagio nervioso ó por imitación. Véase, en efecto, manifestarse de tiempo en tiempo de una manera innegable. Prescindiendo de las epidemias de suicidios descritas por autores de la antigüedad, vemos durante el año 1793 mil-trescientos muertos voluntariamente solo en Versalles. Este mal terrible ha dejado una profunda huella en los annales de la medicina forense. Otro hecho, más próximo á nuestros días y más conocido de todos, es el de la famosa garita, establecida en un puesto militar de Argelia, y en donde por espacio de más de quince días hubo que deplorar el suicidio cotidiano del centinela. La epidemia no cesó más que con la supresión de la garita.

En nuestros días, los hechos de este género son más raros, pero las circunstancias que acompañan á la muerte voluntaria, son tal vez más admirables y más incomprensibles.

La edad más tierna, no es un impedimento para el suicidio; en 1875, hubo en Francia un pequeño suicidio... ¡de cinco años! No hace mucho tiempo, una niña de 14 años, se disparó un tiro de revólver, en el mismo colegio que frecuentaba

Un gran pensador dijo hace cuarenta años.

«La vida es una lucha, y el sistema nervioso el que combate.» Esta frase, verdadera entonces, es hoy mucho más verdadera. En efecto, de cuarenta años acá, el número anual de suicidas, ha aumentado de un modo progresivo; en 1832, hubo seis suicidios por año y por cada 100.000 almas; en 1876, hubo 17 suicidios en iguales proporciones.

Sobre todo, después de la guerra franco prusiana, se hizo notable este aumento, lo cual debe atribuirse principalmente á la acción excitante de las conmociones políticas y sociales que Francia ha experimentado.

Los ancianos lloran el mayor congoño á la estadística de los suicidios.

La desesperación, el hastío, se apodera de sus personalidades egoístas y maltratadas, que con tanta frecuencia han sufrido los reveses irreparables de la fortuna. Los infelices no son dueños, ni del tiempo, ni de la fuerza necesaria para rehacer su rota existencia. Su organismo, que de tanta energía ha usado, pero que no se ha reservado ninguna, parece tener conciencia de su profunda inutilidad. Su razón, debilitada, no sabe impedir un acto que el sentimiento les aconseja... Se matan por no ser una carga para los demás.

Entre los niños, el suicidio sabido ha tenido un notable aumento. Hoy en Francia es siete ó ocho veces más considerable que hace treinta años. La falta, sobre todo, es de la educación absurda que recibe la infancia, y mediante la cual se desenvuelven sin, trabas de ningún género, las funciones nerviosas, con detrimento del sistema muscular. Bajo esta influencia, el cerebro se hace cada vez menos resistente; las más leves emociones morales repercuten singularmente en estas débiles facultades. El niño viene á ser de este modo un loco precoz, que desempeña en sí mismo el papel de la Parca, cortando el hilo de su propia vida.

Hay cuatro veces más suicidas entre los hombres que entre las mujeres. La menor energía de la mujer, su instinto maternal tan afectivo, su especial educación religiosa explican satisfactoriamente este hecho estadístico.

El número de suicidios aumenta con la temperatura; el estío ejerce, por lo tanto, en este sentido un triste predominio sobre el invierno, y los estíos más calidos, serán por esta misma razón los que constituyen el más rico botín de la muerte voluntaria.

Entre los célibes, los viudos y los divorciados, recluta la muerte el mayor número de suicidas, y esto nos prueba una vez más la influencia benéfica y regularizadora del matrimo-

nio que puede llamarse el «manómetro de la existencia.»

Los habitantes de las ciudades proporcionan tres veces mayor número de muertes voluntarias que los de los campos.

Paris es, y con mucho, la capital del suicidio, sobre todo, del suicidio por estrangulación y por el carbon. En la estadística de los que habitan en el campo, se vé que son las comarcas más ricas las que ofrecen mayor número de suicidios, véase de igual modo que la embriaguez ejerce sobre la muerte voluntaria una influencia incontrastable.

Las profesiones liberales, y particularmente las artísticas, monopolizan el suicidio, puede decirse, llegando á constituir en ellas una neurosis profesional. Vienen inmediatamente después los comerciantes en mayor ó menor escala, ocupando el último lugar los agricultores. Entre estos últimos, el fardo de la vida es menos pasado, pues las condiciones vitales, son menos penosas y más limitadas las necesidades. Además de esto, es necesario un cierto grado de cultura intelectual para penetrar la idea del suicidio, que según los más afamados filósofos, no parece compatible más que con la instrucción literaria y la civilización.

El suicidio es, hasta cierto punto, hereditario; pero esta herencia parece hallarse sumamente enlazada con la enajenación mental (monomanía del suicidio). Se ha visto últimamente un triste ejemplo de esta monomanía, en un concejal, cuyo padre, político de nota, se había suicidado también diez años antes, con circunstancias trágicas.

Hé aquí el mal ¿Dónde está el remedio? Imposible soñar en restringir el suicidio por medio de la legislación. Los medios de restricción dependen de la educación de los pueblos, de la moralización social por el gobierno. La fórmula precisa de estos medios está todavía por encontrar. Aparte de esto, necesario es decirlo, la causa del suicidio es, sobre todo, individual. Cada organismo aporta al nacer, ha dicho Herbert Spencer, un capital vital diferente así como cada comerciante principia su comercio, ya con pequeños, ya con grandes capitales.

DOCTOR E. MONIN.

CRONICA.

«El Mensajero de la Moda,» único periódico para familias que en España dá los patrones cortados en papel seda á la medida de cada suscriptor, acaba de publicar en el núm. 27 del tomo 4.º una colección de grabados